demas ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana y tienen mucha aficion á las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden mas presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de Dios nuestro Señor, el cual sea bendito en los siglos de los siglos. Amen. De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de México, de la custodia del Santo Evangelio, á doce dias del mes de Junio del año del Señor, mil y quinientos y treinta y uno.

CAPÍTULO XVI.

De la memoria que del santo Fr. Martin hay en el pueblo de Amaquemeca, y de la veneracion en que son tenidas sus reliquias.

Memoria que se tiene en Amequemeque del santo Fr. Martin de Valencia.

La célebre memoria que del santo Fr. Martin de Valencia se tiene hoy dia en el pueblo de Amequemeca, demanda que de ella se haga particular capítulo y mencion. Para lo cual es de saber, que este pueblo llamado Amequemeca cae diez ó doce leguas de México al oriente, en la halda de un altísimo volcan de fuego, que frecuentemente echa por una boca que en lo alto tiene, humaradas ó nubes espesísimas de humo y ceniza. Era este pueblo (segun el gobierno antiguo de los indios en su infidelidad) de la provincia de Tlalmanalco, donde el varon de Dios Fr. Martin de Valencia tuvo su principal habitacion en vida, y donde estuvo sepultado su cuerpo mas de treinta años despues de su muerte. Y no solo aquello (que no está mas de dos leguas bien pequeñas de Tlalmanalco), sino mucho mas tenian á la sazon á su cargo y de visita los frailes nuestros que allí residian. Y despues de ya cristianos y doctrinados los indios, fundaron su monesterio en Amequemeca los padres de la órden de Santo Domingo. Tiene Amequemeca al un cabo de su poblacion, entre el poniente y mediodía, un cerro cuasi de la forma piramidal del volcan, bien prolongado en altura, gracioso y acompañado de alguna arboleda, de cuya cumbre se señorea y goza toda aquella comarca, que es un valle muy fresco, situado (como dicho es) al pié del volcan, y entre sus montañas y en lo alto, á un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta ó cincuenta estados, poco mas ó menos, está una cueva formada de naturaleza en la viva peña de hasta quince piés en ancho y algo mas en largo, y menos de alto, á manera de ermita, aparejada todo lo del mundo para convidar á su morada á los que tienen espíritu de vida solitaria. Y así este lugar era singular recreacion al espiritual siervo de Dios Fr. Martin de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto, que por

gozar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco mas que en otro convento, y muy á menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar los indios de aquel pueblo que estaban á su cargo, como recogerse y darse todo á Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba él con mucho rigor sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba deveras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban dias y noches en continua oracion y meditacion de la pasion de Cristo crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de afliccion y castigo. Allí se cuenta que salia de la cueva á orar por las mañanas á una arboleda, y se ponia debajo de un árbol grande que allí estaba, y en poniéndose allí se hinchia el árbol de aves que le hacian graciosa armonía, que parecia le venian á ayudar á loar á su Criador. Y como él se partia de allí, las aves tambien se iban, y despues de su muerte nunca mas fueron allí vistas. Tambien se cuenta en su historia, que en aquel ermitorio le aparecieron al varon de Dios el padre S. Francisco y S. Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios que era hijo de salvacion. Los indios, que bien sabian en lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad, y recebian grandísima edificacion, y confirmaban en sus corazones la opinion que de su santidad tenian concebida por las demas virtudes que en él conocian y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicacion evangélica muy á la letra, y no dubdando ser santo y escogido de Dios. Cuando este bienaventurado falleció, pusieron á recado y guardaron con mucho cuidado la ropilla de su uso que pudieron haber, teniendo esta fe y devocion, que Nuestro Señor por intercesion de su siervo y mediante aquellas sus prendas, les haria mercedes y los socorreria en sus necesidades. Y han sido tan perseverantes en esta su devocion, que han tenido estas reliquias por espacio de cuasi cincuenta años encubiertas, traspasándolas de mano en mano en las grandes pestilencias que en esta Nueva España han corrido, sin dar parte de ellas ni á los religiosos de S. Francisco que los tenian á cargo cuando el santo falleció, ni á los de Santo Domingo que despues entraron en aquel pueblo, hasta el año de ochenta y cuatro que quiso Nuestro 1584.
Señor se descubriesen y manifestasen á todos por la manera siguiente. Estaba á la sazon por vicario del monesterio de Amaquemeca un venerable padre que ha sido vicario provincial de la órden de los predicadores en esta Nueva España, llamado Fr. Juan Paez, muy especial devoto de Fr. Martin de Valencia, por la fama que

siempre ha volado de su santidad en estas regiones entre los religiosos de todas las órdenes, y seglares, así españoles como indios. Y por contemplacion de aquella cueva donde él se recogia á darse á Dios (que despues acá siempre ha tenido por nombre la cueva del santo Fr. Martin de Valencia), ha procurado este religioso de continuarse muchos años en aquella casa. Y en el dicho de ochenta y cuatro, tratando él en presencia de algunos indios que sirven en el monesterio, con fervor y celo de las cosas del varon de Dios Fr. Martin, y mostrando deseo de saber de su cuerpo y reliquias, uno de los indios que presentes estaban le descubrió despues en secreto cómo en el pueblo se guardaban muchos años habia algunas reliquias de aquel santo, y dióle noticia cómo y dónde las hallaria. Hizo luego inquisicion sobre ello, y sacadas por rastro, vino á hallar un cilicio de cerdas y una túnica muy áspera, que fueron del santo varon, y dos casullas pobres de lienzo de la tierra, con que solia decir misa. Hallóse muy rico Fr. Juan Paez con estas prendas, y no cabia de placer y contento. Dió luego aviso á su provincial de lo que pasaba: mandáronle que las llevase al convento de Santo Domingo de la ciudad de México. Llevólas, sacando partido que se las volviesen y no se quedasen con ellas. Viéronlas todos los frailes del convento, y besáronlas con devocion y reverencia. Volviólas el vicario al pueblo de Amequemeca, y púsolas con mucha veneracion en la sacristía de su convento. Y comenzando á publicarse la invencion de las reliquias, acudieron muchas personas devotas á pedir algo de ellas. Dióseles algunas partecillas de la túnica y cilicio. Mas visto que si el negocio iba adelante se las llevarian todas, tomó por mejor acuerdo guardarlas, adornando para ello la cueva del cerro. Puso en un lado de ella un altar donde se dijese misa, y á otro lado una gran caja tumbada que se cierra y sirve de sepulcro de un Cristo de bulto devotísimo, que yace en ella tendido, y á los piés del Cristo se guardan en una cajuela con una redecilla de hierro la túnica y cilicio, de suerte que se pueden ver y no sacar fuera. Las casullas están á otro lado, sueltas, para mostrarse y poder ser vistas. Aunque la cueva tiene sus puertas y buena llave con que se cierra, hay de contino indios por guardas en otra covezuela cerca de ella. Estos tañen á sus horas una campana que tienen en lo alto del cerro, cuando abajo tañen en el monesterio. Todos los viérnes sube un sacerdote á celebrar en la ermita en memoria de la pasion del Señor, venerada por el santo Fr. Martin en aquel devoto lugar con sus oraciones y lágrimas y ásperas penitencias. Es muy frecuente el concurso de los indios en todo tiempo, especial en aquel dia, y no menos de los comarcanos españoles y pasajeros, porque es camino real y muy cursado de los que van de la ciudad de México á la de los Ángeles, y de la de los Ángeles á México. Cuando se muestran las reliquias, es con mucha solemnidad. Sube el vicario con la compañía que se ofrece, tocan la campana, y júntase gente; encienden algunos cirios, demas de una lámpara de plata que cuelga de la peña en medio de la ermita, aunque de dia hay harta luz del cielo que entra por la puerta, y van cantado los cantores en canto de órgano algun motete lamentable de tiempo de pasion. Llega el vicario vestido con sobrepelliz y estola, abre la caja, y hecha oracion ante el sepulcro del Señor, enciensa al Cristo y despues á las reliquias, y muéstralas á los circunstantes. Hace esto con tanta devocion, que juntamente con la oportunidad del lugar, y la aspereza de aquellos vestidos, y la memoria del santo y de la penitencia que allí hizo, ablanda los duros corazones; de suerte que apenas entra hombre en aquella cueva, que no salga compungido y lleno de lágrimas.

CAPÍTULO XVII.

En que se contiene la vida de Fr. Juan de Tecto, uno de los tres primeros evangelizadores antes de los doce.

Fr. Juan de Tecto.

Aunque la vida del santo Fr. Martin de Valencia se ha puesto en el primer lugar de este libro, por haber sido el primero prelado que con autoridad apostólica y del general de la órden pasó á estas partes á predicar el santo Evangelio, es de saber que un año antes habian venido á esta Nueva España tres religiosos tambien franciscos, de nacion flamencos, que por haberlos traido el mesmo espíritu de la conversion de los infieles, y hecho en el caso su posible (como perfectos varones que eran y muy siervos de Dios), es justo se haga de ellos memoria (como de primeros en tiempo) antes que se escriban las vidas de los compañeros del santo Fr. Martin de Valencia. Y pasa en esta manera. Como por todos los reinos y provincias de la cristiandad se divulgase la fama de cómo el valeroso capitan D. Fernando Cortés con otros españoles sus compañeros habian descubierto y conquistado un nuevo mundo en la region que llamaron Indias, lleno de gente idólatra, y que deseaban ministros para los convertir á la fe, entre otros muchos religiosos de diversas

naciones que ofrecieron sus deseos á Dios para emplearse en esta tan santa obra, fueron tres escogidos varones del convento de S. Francisco de la ciudad de Gante; es á saber: el guardian que á la sazon era del dicho convento, llamado Fr. Juan de Tecto, y dos súbditos suyos, el uno sacerdote, por nombre Fr. Juan de Aora, y el otro Fr. Pedro de Gante, lego. Solos estos tres religiosos hallaron ventura de cumplir sus deseos y pasar á esta Nueva España, antes que los doce, con sola licencia de su provincial y beneplácito del Emperador, el cual alcanzaron con favor de los caballeros y señores flamencos, que como criados y oficiales del Emperador, eran entonces poderosos en los reinos de España. Bien es verdad que el Emperador quisiera detener al Fr. Juan de Tecto para que no pasara acá, por ser su confesor, mas venciéronle sus ruegos y deseos, y así
1523. lo dejó pasar. Venidos, pues, á las Indias, comenzaron luego á deprender la lengua de los naturales, y á recoger algunos niños hijos de principales, en especial en Tezcuco, adonde hallaron acogida en casa del señor, que les dió un aposento, y holgaba que industriasen á los de su casa y á otros niños que se allegaban, aunque todo era poco lo que hacian por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requeria para tratar con aquella gente, que quiere ser mandada con imperio. Y en México hicieron menos, por estar aquella ciudad recien destruida, aunque no dejaba de acudir allá Fr. Juan de Tecto, solicitando á algunos principales que le diesen sus hijos para los enseñar á leer y escribir. Y otro año siguiente, cuando llegaron los doce apostólicos varones, que fué el de mil y quinientos y veinte y cuatro, viendo que los templos de los ídolos aun se estaban en pié, y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, preguntaron á este padre Fr. Juan de Tecto y á sus compañeros, qué era lo que hacian y en qué entendian. Á lo cual el Fr. Juan de Tecto respondió: «Aprendemos la teología que de todo punto ignoró S. Augustin,» llamando teología á la lengua de los indios, y dándoles á entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se habia de sacar. Era este religioso varon doctísimo; tanto, que se afirma de él no haber pasado á estas partes otro que en ciencia se le igualase. Leyó la santa teología, antes que pasase á las Indias, catorce años en la universidad de Paris. Y el fin de sus dias fué que saliendo de México D. Hernando Cortés (que despues fué marques del Valle) á conquistar las Hibueras, cerca de Honduras, en el año de mil y quinientos y veinte y cinco, llevó consigo á este siervo de Dios, porque no se hallaba sin

su santa compañía, y él gustó mucho de ello, porque no menos deseo tenia de convertir almas á Dios. Y sucedió que yendo el marques contra el capitan Narvaez,[1] que se le habia alzado, faltaron los bastimentos de tal suerte, que mucha gente murió de hambre, y entre ellos el bendito Fr. Juan de Tecto; arrimándose á un árbol de pura flaqueza, dió allí el alma á Dios, que no fué pequeño género de martirio. Fué este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos, y finalmente, la honra del mundo y propria voluntad, pues renunciando la guardianía que tenia y negándose á sí mesmo, tomó su cruz de penitencia y se fué en pos de él, y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardia, pues la puso á la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvacion tenia ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

Vida de Fr. Juan de Aora, uno de los tres primeros.

Fr. Juan de Aora.

Fr. Juan de Aora, uno de los tres que (como dicho es) vinieron á esta Nueva España, año de mil y quinientos y veinte y tres, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con Fr. Pedro de Gante siempre en Tezcuco entendiendo en la doctrina y conversion de los naturales, hasta que fué servido el Señor de llevarlo para sí dentro de pocos dias. Su cuerpo fué depositado en la mesma casa del señor que los habia acogido, en una capilla adonde por entonces decian misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tezcuco, con vocacion del bienaventurado S. Antonio de Padua. Donde siendo guardian el siervo de Dios Fr. Toribio Motolinia, uno de los doce, lo trasladó del lugar donde primero estaba á la sobredicha iglesia.

CAPÍTULO XVIII.

Vida de Fr. Pedro de Gante, uno de los tres primeros.

Vida de Fr. Pedro de Gante.

El varon de Dios Fr. Pedro de Gante fué natural flamenco de la ciudad ó villa de Iguen, de la provincia dicha Budarda. El cual por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el de-

1 No fué Narvaez, sino Cristóbal de Olid el que se alzó.